

Discurso

pronunciado por el Presidente de la Academia Dr. Luis Mesa Villa

Señor Director de Educación Pública. Señores Académicos.

Celebra el mundo civilizado en el día de hoy el descubrimiento de América. Un iluso gallego o genovés al servicio de España realizó el anhelo, por muchos años contemplado y abrió a los mercados europeos todo un continente.

Esfuerzos de todos los gobiernos, de todos los ciudadanos hicieron la conquista y la fundación de colonias en este sector del globo. Ingleses, franceses y portugueses, emularon con los españoles en la extensión de sus territorios y en la búsqueda de fuentes de comercio para sus pueblos. Tocó siempre la primacía a la nación española, y la extensión de sus dominios y la política comercial implantada en estos lares, dieron origen a una serie de incidencias que llegó hasta las cancillerías de los estados, por la posesión de estas comarcas.

El anhelo de la destrucción del poderío español en esta tierra no cesó con la destrucción de la Grande Armada, y a tiempo que Inglaterra se hacía dueña de los mares buscaba los medios de arrebatar a España sus dominios.

Sir Walter Raleigh sueña con fundar un imperio colonial en América de donde derivar copiosas fortunas. En 1748 Tomás Gage después de un estudio en el terreno, publicó su libro "El nuevo examen de las Indias Occidentales o viajes por Tierra y Mar", en el cual

se leen estas palabras: Ofrezco a mis compatriotas un nuevo mundo como teatro de sus futuros trabajos, valor y piedad”, discute los derechos del Rey de España a la posesión de estas tierras y excita a los ingleses para que hagan uso de las comodidades que ofrece este continente y se apoderen de sus puertos y ciudades.

Es el siglo XVII fecundo en la piratería: los bucaneros Mansveldt, Morgan y De Graaf siembran el terror en todos los puertos de América Española, saquean a Portobelo, Cartagena y La Guaira, sueñan con un imperio caro a sus intereses, y uno de ellos al final es armado Caballero.

En 1741 tras el fracaso del ataque inglés a Cartagena, el gobierno recibe un memorial en el cual se pinta los peligros de la conquista por Inglaterra de la América Española, lo costoso del sostenimiento de su poderío y pide más bien ayuda a los naturales para que declaren su independencia, la que debe ser reconocida inmediatamente por el Imperio a cambio de algunas concesiones comerciales.

En 1776, Francia firma alianza con las colonias inglesas de América en la que queda envuelta España por su alianza con aquélla. Ante semejante hecho, el ministro inglés Lord George Germain informó a Dalling, Gobernador de Jamaica, que su gobierno estaba resuelto a comenzar hostilidades contra España, ordenó que cooperase con el general Campbell, comandante de las fuerzas inglesas en la Florida occidental, para un ataque a Nueva Orleans.

En 1779, el capitán Kaye envió de Pizza al mismo Lord un vasto plan para aniquilar los dominios españoles, indica el restablecimiento del imperio incaico, la ayuda a los naturales para establecer los gobiernos que a bien tengan, todo a cambio de concesiones comerciales. Como el de Roberto White inicia el ataque por la costa de Mosquitos.

Mr. Hipis Ley desde Italia ofrece igualmente un plan para conquistar el Dominio de Méjico, en asocio de algunos Jesuítas expulsados de las Colonias Españolas.

Los planes de expedición por la India a Sur América propuestos por Cord North al gabinete y aprobados por éste fueron suspendidos por la paz celebrada con sus colonias y sus aliados.

En 1786 llega a Inglaterra Francisco de Mendiola como enviado del pueblo mejicano y exhibe títulos firmados por lo más granado de su sociedad: es el precursor de la independencia de aquel país, según pudo confirmarlo Bernardo del Campo, ministro de España en Londres. Mas antes, en 1783, don Juan, personaje misterioso, es enviado de Chile y ofrece planes concebidos previamente para la independencia del Perú y de Chile. Posteriormente se supo que era de origen francés don Juan Antonio del Prado, tal era su firma.

En 1874, el 12 de mayo, llega un enviado del Reino de Santa Fé, don Luis Vidal, lo acompañan los generales Vicente de Agiar y Dionisio Contreras. También propone y ofrece seguridades, para interesar la política inglesa hacia la independencia de estas tierras.

Francia no es extraña a toda esta intriga: en 1763, al final de la serie de guerras con los ingleses, los franceses modifican sus miras respecto a la América Española. Por el tratado de París Inglaterra adquiere título sobre las posesiones continentales de Francia en América, excepto la Luisiana, que fue traspasada a España.

En 1768, Molina, Jesuíta descontento, escribió memorias sobre la expulsión de la Orden de la América española; discutía las perturbaciones que habían resultado y los planes de la Compañía. Esta Memoria fue sometida al gobierno francés.

En 1770 otro escritor redactó notas sobre las posesiones españolas en América y Africa, y solicita al gobierno francés su intervención por temor al prestigio de Inglaterra, y concluye exponiendo la conveniencia de sentar dominio francés y español en todos estos territorios.

En 1792, los habitantes de la Luisiana proponen al gobierno francés un plan revolucionario, que éste no acepta, y en 1799 al ministro de Francia en Filadelfia envían una serie de proposiciones secretas para sacudir el yugo, las que son enviadas al gabinete.

Marbe-marbois, desde 1784, envió al ministro francés en Vergennes la información de una entrevista con Miranda, en la que había tratado sobre la América Española.

En 1790 Miranda presenta en Londres sus planes para la independencia de su patria, y no contento con esto se recorre todo el continente formando ambiente en todas las cortes y en todos los gobiernos para que sea recibida como nación independiente.

La cancillería americana también es objeto de solicitudes y canjes y llega hasta permitir el Secretario de estado Mr Monroe la salida del puerto de Nueva York la expedición libertadora de Miranda.

Ante el fracaso, niega haber concedido tal permiso y elude las respuestas.

Preparados los habitantes de estas tierras para la lucha con la metrópoli, sonó el grito de libertad sucesivamente en todas y en cada una de las grandes ciudades, al que sucedió la revuelta armada y el esfuerzo diplomático para el reconocimiento de la soberanía de estos pueblos.

El nuevo hecho producido dió origen a divergencias entre las diversas potencias europeas, las que supo aprovechar el patriotismo de nuestros antepasados en bien de la autonomía regional, mas esa política bien observada por nuestros próceres y bien utilizada no

podía desentenderse en el futuro so pena de que con el advenimiento de pactos internacionales fuese empresa codiciada para la reconquista.

Por ésto en plena lucha después de la batalla de Aurare en 1813, el Libertador decía a los soldados vencedores, que su campo de lucha era cualquier punto de América donde hubiera dominación española; más tarde, enfermo y desterrado en Jamaica, soñaba ver el nuevo mundo, como "una nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo". Tres años más tarde decía a don Martín Puirredon, Director del Gobierno de Buenos Aires, su deseo de establecer "un pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político presentara la América al mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas". El 7 de diciembre de 1824 dirigió circular a todos los gobiernos de América invitándolos a una reunión de plenipotenciarios para establecer la confederación americana. Don Joaquín Mosquera y don Miguel Santamaría son los instrumentos de que se vale el Libertador ante los países de América para asegurar su federación política y asegura que los protocolos del istmo, donde había de reunirse la primera conferencia, serían consultados con el correr de los siglos como el origen de nuestro derecho público. Efectivamente en 1826 se reunió el Congreso Bolivariano de Panamá, pero desgraciadamente sus resultados no correspondieron a los anhelos del Libertador por causas que no son del caso enumerar.

Bien claras estaban en la mente del Libertador las actividades de la política europea y las posibles repercusiones que había de tener sobre la política en estos pueblos de América. Las actividades de la Santa Alianza, formada por los soberanos de Austria, Rusia y Prusia se encaminaban claramente a la ayuda de España para reconquistar sus perdidas colonias de América, y

para hacerle frente se necesitaba formar una confederación de todas las naciones recién libertadas.

Napoleón I sueña con extender sus dominios por toda la Europa y Alejandro I quiere sentar bases seguras en el Mediterráneo, Inglaterra con la destrucción de la Grande Armada se hace dueña absoluta de los mares y por su condición de isla no puede perder las comunicaciones marítimas para introducir materias primas y para llevar su comercio a todos los rincones del planeta. España quiere conservar a todo trance su dominio en América como medio de engrandecerse y de hacerse par con las demás potencias; sus anhelos de expansión en el antiguo continente han desaparecido; conserva sólo el escozor de las lizas perdidas y el deseo de consolidación de su dominio en el nuevo continente.

Dos hombres se disputaban el dominio de la política europea: Napoleón Primero, el gran Corso emperador de los franceses con un pueblo grande, adiestrado en las faenas de la guerra y Alejandro I Czar de todas las rusias con una tradición de dominio de cuatro siglos y con un anhelo de expansión imperialista enunciado desde cien años atrás por sus antecesores.

A la caída del gran Corso, el Czar Alejandro I se siente el monarca más poderoso de todo el continente y trata de cumplir el programa de sus antecesores. Los tratados de Bucarest y de Gulistán que lo llevaron hasta las bocas del Danubio otorgándole la Besarabia y que le aseguraron su dominio sobre el Cáucaso, había sido la iniciación de su marcha sobre Constantinopla para asegurar su dominio sobre los Dardanelos y el Bósforo y tener allí bases seguras para actuar en el Mediterráneo.

Los intereses de Inglaterra que vió comprometidas sus comunicaciones con el oriente y su preponderancia en el Mediterráneo, y de Austria que veía terminarse su ambición de extender su hegemonía en los Balcanes

fueron el segundo obstáculo a la realización de los planes imperialistas de la Rusia. El primero lo había sido el propio Napoleón cuando en 1812 hizo detener sus ejércitos para medirse frente a frente en los campos orientales.

Inglaterra y Austria en pacto con los turcos aseguraron sostener a todo trance la soberanía del sultán y la integridad territorial de su imperio. La suerte del reino católico de Polonia y la suerte de Sajonia eran otros puntos en los cuales marchaban acordes Inglaterra y Austria y presentaban una barrera para las ambiciones de Alejandro. La Prusia debilitada iba siempre tras la política exterior de Austria, por lo tanto las miradas de la Rusia, que no renunciaba a sus anhelos imperialistas, se dirigieron hacia Francia y a España.

En esta situación se celebró el Congreso de Viena en el cual se opuso el Czar rotundamente a que fuese estudiada la cuestión de oriente y a que se garantizase la existencia de Turquía como nación independiente. En agenda de 28 de julio de 1815 el Czar aconseja tratar a Francia con todas las consideraciones del caso ya que la guerra recientemente pasada se había hecho para impedir el dominio Napoleónico y no contra el pueblo francés y que para garantizar el éxito habían concurrido los esfuerzos aunados no sólo los de la coalición en hombres sino los diplomáticos de Rusia y los económicos de Inglaterra, Austria y Prusia por préstamos suministrados por los Roschild. Las potencias europeas se desarman con excepción de Rusia, la cual sostiene un ejército de 640.000 hombres expiando el instante de satisfacer sus anhelos expansionistas.

El Czar nombra a Capo D'ítria Ministro de Relaciones Exteriores líder de la emancipación griega del yugo musulmán, apoya a la hetairía y con ella la independencia de Grecia y envía a Strogonoff, con agenda secreta, para provocar una rotura definitiva,

haciendo recaer la responsabilidad íntegra sobre el gobierno de Constantinopla.

Pero Inglaterra, siempre vigilante, adquiere las islas Jónicas y por medio de Castlereagh desbarata todas las maniobras del agente diplomático ruso, y allí las tenemos frente a frente, necesaria para el poderío ruso, la posesión de Constantinopla cuestión de vida o muerte para el poderío inglés, la presencia del Sultán y la integridad de su imperio. Una de las potencias se hace fuerte en la tierra y la otra en los mares, ambas se temen porque la una no puede invadir los dominios de la otra, so pena de caer vencida. Ante esta emergencia el Czar propone a Inglaterra una acción conjunta para acabar con la piratería que abunda en el Mediterráneo, y como Inglaterra no puede oponerse a tan justa como patriótica propuesta y al considerar que los estados berberiscos dependen del Sultán y el atacarlos sería ir contra su aliada, responde con la máxima habilidad diplomática que ella puede encargarse de esta misión ya que dispone de bases suficientes en el codiciado mar, tales como la isla de Malta, las islas Jónicas y el estrecho de Gibraltar, pero el Czar Alejandro I no cesa en su empeño. La isla Minorca, que había pasado de Inglaterra a España, puede ser una base y escala segura de aprovisionamiento para sus escuadras del Báltico, cuando en ataque combinado actúe sobre Constantinopla, Tatistcheff, Embajador ruso en Madrid, propone a Fernando VII la cesión de Puerto Mahón a cambio de su ayuda para la reconquista de sus colonias de América. Coincide este episodio diplomático con las victorias del ejército de Murillo en nuestra patria en el año que los españoles llamaron de la reconquista y que los patriotas denominaron el año del terror.

En marzo de 1817 conoce las cancillerías europeas el tratado entre Fernando VII y Alejandro I y apesar de las reinteradas negativas de ambos monarcas, se in-

quietan las cancillerías de Inglaterra y de Austria. Castlereagh y Metternich proyectan romper la santa alianza y acuerdan un proyecto de triple alianza entre Inglaterra, Austria y Prusia para enfrentarlas al poderío ruso en su política de expansión en el continente. Ante semejante amenaza el Czar se ve obligado a fraguar, un nuevo plan, al que le sirve de instrumento el mismo Fernando VII. Por conducto de su agente ya citado, obtiene que el monarca español se dirija a la Santa Alianza solicitando su ayuda para someter a los rebeldes de América.

En enero de 1818, el Czar se dirige a las grandes potencias para proponerles una acción conjunta con el fin de dominar las colonias sublevadas. Distraída así la atención de Europa y puestos todos sus efectivos económicos y humanos de este lado del océano, le quedará libre y expedito el camino para actuar él solo sin obstáculo alguno en el cumplimiento de sus ambiciones.

Mas Inglaterra que había codiciado las plazas y los mercados americanos, que había fomentado la piratería en las costas del Caribe, que había ayudado hasta con efectivos humanos a la independencia americana, no podía dar su asentimiento a semejante memorándum y hubo de obligar al Czar a combinar un plan más vasto todavía, el que se inició en octubre de 1822 en las sesiones del Congreso de Verona: solicita del Congreso la autorización para que Francia intervenga en España a la sazón en revolución, la que acarreará como consecuencia lógica la intervención en sus colonias. Inglaterra se opone a esta nueva propuesta del Czar, no así Austria y Prusia, las que halagadas porque la preocupación de España atraería todas las fuerzas rusas y desatendería la cuestión de oriente y además por el restablecimiento del absolutismo, se pusieron de parte de Alejandro. Ante la ruptura de la comunión de i-

deales entre Inglaterra y Austria, Rusia aviva su ingenio y excita la vanidad de uno de los delegados franceses al par que al otro lo amenaza, Nesselrode actúa ante Montmorency, erguido: "si ustedes no quieren hacer nada se os dejará solos con vuestra Inglaterra y entonces veremos si os encontraréis a vuestro agrado", en cambio a Chateaubriand lo adula y le promete poner el peso de su influencia para hacerlo primer ministro y le hace entrever grandes proyectos a la Francia por él regida, la que a no dudarlo, con su ayuda recuperaría el perdido prestigio y llegaría a ser el árbitro de los destinos de América, en cambio para la Rusia sólo pide libertad para actuar en la cuestión de oriente. El uno realizaría grandes proyectos mundiales y su figura en antes circunscrita a los linderos franceses, vendría a abarcar todo el panorama del mundo, y el otro con sus ochocientos cuarenta mil soldados, los que creía suficientes, sin más ayuda de nadie, protegería en oriente la religión, la moral y la justicia. Tan hábil fue la acción de la diplomacia rusa que el 19 de noviembre de aquel año quedó decretada por el Congreso de Verona la intervención francesa en España. Inglaterra protesta y preconiza su política de no intervención, y por conducto de Wellington, en la Cámara de los Comunes, anuncia que Inglaterra no podrá abstenerse por más tiempo de reconocer los nuevos estados constituídos en América.

La intervención se realiza; en abril de 1823 el duque de Angulema penetra en España y domina rápidamente la península, a la cabeza de las tropas francesas; Inglaterra tolera tales hechos, suscribe los empréstitos que han de consolidar la libertad americana y permanece en expectativa ante las noticias de los reveses españoles y de las victorias crecientes de las tropas colombianas en las campañas del sur.

Ante los éxitos de las armas francesas Chateaubriand se halaga con el prestigio de todo un continen-

te y propone a la Santa Alianza se reúna el Congreso para decidir la suerte de las colonias americanas, cree el ideal para estos países convertirlos en otros tantos reinos regidos por los Borbones y que debe ser Francia la encargada de cumplir el plan citado. Ante semejante amenaza Inglaterra anuncia que si España llega a ser secundada por alguna otra potencia en la reconquista de América, ella reconocerá inmediatamente a las nuevas repúblicas y anuncia el 17 de octubre de 1823 que ha nombrado cónsules en las principales ciudades de este continente. Cerradas las puertas de la diplomacia europea a los esfuerzos de Inglaterra, ésta se dirige a los Estados Unidos de América, y Canning con toda diligencia se dedica a obtener una declaración por parte de los Estados Unidos contra los proyectos de la Santa Alianza. Los anteriores esfuerzos de los patriotas americanos, que desde el precursor Miranda hasta el Libertador Bolívar habían solicitado la ayuda del gobierno de los Estados Unidos de América, sumados al ambiente que había logrado crear el Libertador en todas las cancillerías americanas ya libertadas y a los esfuerzos de Canning, inspiraron al Presidente Monroe el célebre mensaje del 2 de diciembre de 1823, en el que anuncia al mundo que los Estados Unidos, "respecto de los pueblos que han proclamado su independencia, no consentirán jamás que se produzca una intervención cualquiera con el objeto de oprimirlos o controlar sus destinos, de cualquiera manera que sea, por parte de ninguna potencia europea, sin ver en ello una manifestación hostil respecto de los Estados Unidos. América para los americanos es su lema y desde entonces la llamada doctrina Monroe preside las relaciones de los pueblos americanos, forma la base de nuestro derecho público internacional y sienta las bases del panamericanismo como tesis fundamental de cordialidad entre los pueblos de América.